

Sobre la Declaración de M. Hardt y A. Negri: la emergencia de nuevas subjetividades para la propuesta y puesta en marcha de un proceso constituyente

Un análisis del nuevo ciclo de luchas en el contexto de la crisis actual

Miquel Àngel MARTÍNEZ I MARTÍNEZ y Josep ARTÉS GIL

Universitat de València

Introducción: nuevos materiales para cartografiar un nuevo ciclo de luchas

Durante la primera década del siglo veintiuno, los trabajos de Michael Hardt y Toni Negri – en especial la trilogía compuesta por los títulos *Imperio*, *Multitud* y *Commonwealth*– han constituido un referente inexcusable para los diferentes movimientos que, con sus luchas, dinamizan el campo social. En este sentido, aunque la creación conceptual pueda contribuir a alumbrar nuevos espacios de realidad, han sido los propios movimientos sociales los que han indicado las líneas de análisis que había que tomar en cuenta, en un movimiento inmanente que iba creando el camino con cada nuevo paso.

Por esta parte, el último libro escrito por Hardt y Negri –*Declaración*–, guarda similitudes importantes en cuanto al plan de trabajo a seguir; pero también se pueden detectar algunos cambios de fondo. Como señalan los autores para definir su propuesta, “esto no es un manifiesto”; puesto que “los manifiestos ofrecen un atisbo de un mundo por venir y engendran a su vez el sujeto que, no siendo más que un espectro, debe materializarse para

tornarse en el agente del cambio”.¹ Así pues, la producción conceptual debe estar dispuesta de manera que los fragmentos de los que se compone se puedan levantar o arrancar, tomar en las manos de cada cual con el fin de poderlos utilizar, en aquellas ocasiones en que no quede otra alternativa, como arma arrojada para resistir a la dominación del poder. En cualquier caso, lo más importante no pasa tanto por contener los ataques del poder, según un esquema de tipo dialéctico basado en la contraposición, como por esbozar de manera autónoma un nuevo campo, en sentido amplio, donde relacionarse: “los agentes del cambio –afirman Hardt y Negri– ya han salido a las calles [...], no solo amenazando y derrocando a los gobernantes, sino también haciendo aparecer visiones de un nuevo mundo”.²

Por lo que respecta a los cambios que podemos detectar, estableciendo una comparación inevitable con los trabajos anteriores, el último escrito de los autores –o “panfleto”, como ellos mismos dicen–³ se perfila como una suerte de bisagra entre dos ciclos diferenciados, aunque con múltiples infiltraciones. Cierra el ciclo que durante una década ha llevado a cabo el movimiento por una globalización alternativa a la impuesta desde las instancias gobernantes y el poder financiero; abre, cuando este ciclo aún no ha dicho sus últimas palabras, un nuevo ciclo de luchas que cristaliza en diferentes partes del mundo y que, a pesar de compartir el mismo enemigo que en el caso anterior, pone en marcha nuevos instrumentos de combate y propone nuevos enunciados. Como apuntan los autores, a lo largo de 2011, es decir, en el contexto de la crisis que ha sacudido el mundo y que el propio poder ha propuesto, no hay que olvidar, como una oportunidad de reestructuración de sus mecanismos de dominación a nivel político, económico y social, contra todo pronóstico, “una serie de luchas sociales hizo añicos el sentido común y empezó a construir uno nuevo”.⁴

Estas nuevas luchas sociales tienen su punto álgido y su máximo exponente, según apuntan los autores, en el movimiento de los *indignados* del 15M que tuvo lugar en las principales ciudades del Estado español. Sin embargo, estas movilizaciones se inscriben en un espectro más amplio que habría empezado en Túnez y Egipto para desembocar en la ocupación de la plaza Syntagma de Atenas y, por último, en la acampada a las puertas del Wall Street. A pesar de las diferencias evidentes, los autores detectan algunos aspectos que hacen comunicar los diferentes movimientos a nivel mundial, manteniendo “unidas sin contradicción sus condiciones singulares y las batallas locales con la lucha global común”.⁵

En primer lugar, a diferencia de los movimientos de la década anterior, los nuevos ciclos de luchas se caracterizan por actuar a nivel local, aunque con pretensiones globales. Hardt y Negri ven en las luchas llevadas a cabo por una globalización alternativa la expresión de un movimiento *nómada*, mientras que los nuevos ciclos de luchas serían de carácter *sedentario*. No obstante, observemos que es en este segundo caso en que se puede hablar de un movimiento *nómada* en los términos que definieron al respecto Deleuze y Guattari. Desde este punto de vista particular, es *nómada* aquél que realiza un “movimiento en el sitio”, en *intensidad*, es decir, sin necesidad de recorrer para ello una extensión determinada. Se hace referencia así a todos los dinamismos que hay implícitos en la destitución de los valores establecidos que tales movimientos llevan a cabo, pero también a la creación de nuevos valores con potencial suficiente como para reemplazar a los anteriores.⁶

¹ Hardt, Michael y Negri, Antonio, *Declaración*, Akal, Madrid, 2012, p. 7.

² *Ibidem*.

³ *Ibidem*, p. 12.

⁴ *Ibidem*, p. 7.

⁵ *Ibidem*, p. 10.

⁶ Cf. Deleuze, Gilles y Guattari, Félix, *Mil mesetas*, Pre-Textos, Valencia, 1988, p. 384-391. El *nómada*

Asimismo, se trata de poner en juego un nuevo campo de condiciones materiales para la existencia. Una muestra de ello se ha podido encontrar en las plazas ocupadas por los movimientos sociales, en el sentido de buscar nuevos parámetros de valorización –o, más bien, cabría decir en este caso de autovalorización– fundados en la cooperación y en la articulación de afectos, tratando de evitar la mercantilización de la existencia que el poder pretende implantar a todos los niveles. Al mismo tiempo, la coordinación interna de tales movimientos ha servido no solo para plantear alternativas –que ya se habían ensayado en los casos anteriores– a nivel organizativo, privilegiando la decisión autónoma y directa de forma horizontal y asamblearia, sino también la propuesta de nuevos procesos de subjetivación basados en la multiplicidad, esto es, en la articulación de singularidades que pueden mantener y, de hecho, deben potenciar y construir sus diferencias en un diálogo continuo y compartido. Esto es lo que Hardt y Negri explican, como veremos más adelante, mediante el concepto –que toman prestado de Spinoza y renuevan a la luz del tratamiento deleuzo-guattariano– de *multitud*.

Por último, los nuevos movimientos de lucha han desbordado las delimitaciones habituales entre lo público y lo privado e incluso entre lo individual y lo colectivo, para definir el nuevo espacio de acción que constituye lo *común*. En este sentido, si bien se desafía la propiedad privada de los medios de producción, que supone sin duda uno de los principales pilares del modelo neoliberal y del sistema capitalista, sin importar la tonalidad que éste adopte, no por ello se apuesta –al menos de manera exclusiva– por lo público, como expresión de la titularidad o de la propiedad estatal. Antes incluso de que cayeran en desgracia las

aparece, en este caso, como aquél que subordina los puntos del recorrido o las paradas, así como el inicio y el final, al trayecto en sí mismo. De esta manera, se define un espacio abierto regido por un *nomos* particular, es decir, por un conjunto de reglas facultativas y ligadas a la experimentación concreta, que sirven para atribuir consistencia a un conjunto difuso, y no por la ley propia de la *polis*. En definitiva, se trata de un *espacio liso* de tipo inmanente, propio de la acción nómada, en contraposición al *espacio estriado* que define la organización estatal, relativo a una unidad transcendente. A partir de estos elementos, Deleuze y Guattari distinguen el *movimiento* de la *velocidad*. El primero –objeto del migrante– es relativo a una unidad mayor y, por lo tanto, supone el desplazamiento de un cuerpo particular que dentro del conjunto al que pertenece –unidad particular que pertenece a lo Uno general– va de un lugar a otro, en extensión y, en muchos casos, siguiendo trayectos predeterminados; la segunda –objeto del nómada– es absoluta, puesto que se constituye sin necesidad de salir de sí misma, es decir, a través de las relaciones y los encuentros que se producen entre grados de intensidad o simplemente entre los cuerpos y las singularidades que, con sus dinanismos no predeterminados, conforman un plano de inmanencia o una multiplicidad. Tal multiplicidad no es mayor que las singularidades que la conforman, al no estar fundada en el principio de identidad y, por lo tanto, en un modelo transcendente a partir del cual subsumir lo particular en lo general. De hecho, son las mismas singularidades las que constituyen la multiplicidad con su acción; hasta el punto de que cualquier cambio que se produzca entre ellas, relativo a los elementos o a las dimensiones que ponen en juego, implican una transformación de la naturaleza o de la composición ontológica del conjunto en términos globales: “Hay que distinguir –afirman Deleuze y Guattari– la *velocidad* y el *movimiento*: el movimiento puede ser muy rápido, pero no por ello es velocidad; la velocidad puede ser muy lenta, o incluso inmóvil, sin embargo, sigue siendo velocidad. El movimiento es extensivo, y la velocidad intensiva. El movimiento designa el carácter relativo de un cuerpo como ‘uno’, y que va de un punto a otro; la *velocidad*, por el contrario, constituye el carácter absoluto de un cuerpo cuyas partes irreductibles (átomos) ocupan o llenan un espacio liso a la manera de un torbellino, con la posibilidad de surgir en cualquier punto (no debe, pues, extrañarnos que se hayan podido invocar viajes espirituales que se hacían sin movimiento relativo, sino en intensidades *in situ*: forman parte del nomadismo). En resumen, se dirá por convención que solo el nómada tiene un movimiento absoluto, es decir, una velocidad”. Véase, también, Deleuze, Gilles, *La isla desierta y otros textos*, p. 330: “El nómada no es necesariamente alguien que se mueve: hay viajes inmóviles, viajes en intensidad, y hasta históricamente los nómadas no se mueven como emigrantes sino que son, al revés, los que no se mueven, los que se nomadizan para quedarse en el mismo sitio y escapar a los códigos”.

experiencias de lo que se dio por llamar el socialismo real, autores como Negri o Guattari ya apostaban sin ambages por reivindicar el comunismo como propuesta capaz de articular las políticas basadas en la construcción de lo común y, en este sentido, como alternativa a través de la cual profundizar y radicalizar el ejercicio de la democracia, más allá de los sistemas de representación parlamentaria. Con ello se trata, en primer lugar, de distinguir el poder constituido del poder constituyente, además de subordinar el primero al segundo y de dejar éste en manos, exclusivamente, de la organización autónoma de las nuevas subjetividades a nivel individual y colectivo y no de una élite de candidatos electos –con la connivencia del poder extractivo, económico y financiero– de manera más o menos indirecta. Esta es, según el parecer de Hardt y Negri, una de las principales consecuciones de los nuevos ciclos de lucha y la premisa mínima que debe respetar cualquier proceso constituyente que se pretenda llevar a cabo más allá de los márgenes impuestos por el poder, a saber: “el rechazo de la representación y la construcción en su lugar de planes de participación democrática”.⁷

Lo dicho hasta el momento desemboca en lo que constituye el punto crucial del análisis de Hardt y Negri: la necesidad de poner en marcha nuevos procesos de subjetivación. En efecto, es a través de la construcción de un modelo de sujeto determinado que el capitalismo y el modelo neoliberal tratan de infiltrarse de manera imperceptible y efectiva entre los individuos y el grupo. Una colonización total a nivel extensivo pero también intensivo, exterior e interior, tratando de llegar hasta el último confín del planeta y constituyendo el sujeto a nivel corporal e incluso inconsciente. En el caso que nos ocupa, Hardt y Negri señalan cuatro figuras subjetivas que han crecido alentadas por la crisis, alimentándola y permitiendo su aceptación resignada, sin que el impacto de las políticas llevadas a cabo se tradujeran, al menos en un principio, en una resistencia excesiva. Estas cuatro figuras son las del *endeudado*, el *mediatizado*, el *seguritizado* y el *representado*.

Por otra parte, para escapar a los efectos que se siguen de este modelo de subjetividad asimilada que produce el poder, se trata de seguir el camino que han marcado para el análisis los últimos ciclos de luchas, con la puesta en marcha de un proceso abierto, dinámico, experimental y sin ningún sesgo teleológico, estableciendo y restableciendo continuamente un conjunto de nuevas relaciones. De hecho, como veremos más adelante, han sido las nuevas subjetividades no asimiladas, que emergen al calor de las luchas de los movimientos sociales, las que permiten plantear un desafío y, al mismo tiempo, un objetivo para el análisis filosófico en el contexto actual –asumiendo la necesidad de construir armas teóricas que resulten útiles para la intervención práctica–, a saber: ¿cómo abrir un nuevo espacio de relaciones no sujetas a las exigencias del poder y que, al mismo tiempo, sean susceptibles de quedar suspendidas en el tiempo, sin perder por ello el dinamismo y el carácter de ruptura que las ha hecho surgir en el campo social? O, por decirlo con Hardt y Negri, “la tarea no consiste en codificar nuevas relaciones sociales en un orden fijo, sino, por el contrario, en crear un proceso constituyente que organice esas relaciones y las haga duraderas al mismo tiempo que promueve innovaciones futuras y que permanece abierto a los deseos de la multitud”.⁸

⁷ Hardt, Michael y Negri, Antonio, *Declaración*, Akal, Madrid, 2012, p. 13.

⁸ *Ibidem*, p. 13. Deleuze aborda esta cuestión a partir del ejemplo que ofrece la acción de los movimientos nómadas que hemos visto anteriormente. Por este lado, la acción de los nómadas debe tener como instrumento principal de realización lo que en *Mil mesetas* Deleuze y Guattari llaman la *máquina de guerra*. Cf. Deleuze, *La isla desierta y otros textos*, Pre-Textos, Valencia, 2005, p. 330: “Sabemos que el problema revolucionario, hoy, consiste en hallar una unidad de las luchas puntuales que no reconstruya la organización despótica o burocrática del partido o del aparato de Estado: una máquina de guerra que no remitiría a un aparato de Estado, una unidad nómada en relación con el Afuera, que no se sometería a la unidad despótica interna”.

1. Destituyendo las subjetividades existentes

Una de las principales consecuencias que se siguen del contexto actual, al tiempo que una de las principales exigencias del poder, es la del establecimiento de la *deuda*, pública y privada, como principal instrumento de control y, en definitiva, como “condición general de la vida social”.⁹ Como señalan los autores, es el carácter inmanente de la deuda lo que explica su efectividad; pues aunque procede del exterior, como construcción externa cuyas condiciones escapan a la voluntad y, en muchos casos, a la libertad de elección del individuo o del grupo, la deuda acaba invadiendo por completo y, por tanto, conformando de manera íntima cada aspecto de la subjetividad. Se alude, en primer lugar, a la dimensión moral de la deuda, que tiene por objetivo generar un sentimiento de responsabilidad unido a la necesidad inaplazable de pagar lo que se debe y, en segundo término, un sentimiento de culpa en el caso probable –dadas las condiciones en que se ha concedido el crédito durante los años anteriores a la crisis– de no poderlo hacer.

Asimismo, la deuda tiene el efecto de desenmascarar algunos aspectos a tener en cuenta. En primer lugar por lo que respecta a la lógica dialéctica basada en la relación entre el amo y el esclavo, tal y como la describió Hegel. Si en este caso se suponía que la contradicción, o la negación de la negatividad, podía revertir en términos positivos para aquel que se encuentra sometido, la deuda no deja, en cambio, ninguna salida: únicamente conlleva mayor pobreza y provoca una falta de potencia o de capacidad de acción. Por eso, como afirman los autores, “la figura del endeudado no puede ser redimida, sino únicamente destruida”.¹⁰ Por otra parte, saca a la luz uno de los principales cambios que se han producido, desde los años setenta del siglo pasado, en la base económica y social del sistema capitalista. De la masa de trabajadores explotados, es decir, alienados del producto de su trabajo, se ha pasado en las últimas décadas a una multitud de trabajadores precarios; o, dicho de otro modo, el del *precariado* es el nuevo rostro que adopta hoy en día el proletariado.

Hay que asumir, de este modo, que el poder de extracción del sistema capitalista –este poder que antes detentaban los propietarios de los medios de producción, hasta donde llegaban los límites de su propiedad, y ahora conservan aquellos que controlan los resortes del sistema financiero, que apenas conoce límites–, llega a colonizar el espacio entero de la vida. Hasta tal punto que, en muchos casos, llegan a difuminarse o a desaparecer por completo las fronteras que debían distinguir el tiempo dedicado a la producción del tiempo que se dedica al cultivo de una existencia plena. Se entiende, por ello, la importancia que tiene el hecho de detectar estas nuevas relaciones basadas en vínculos más sutiles e indirectos, pero no por ello menos perniciosos. Como indican los autores, “el endeudado está atado a cadenas invisibles que ha de ser capaz de reconocer, comprender y romper para ser libre”.¹¹

En segundo término, los autores aluden a la influencia que los grandes medios de comunicación, de tipo analógico y digital, pueden tener en la conformación de la subjetividad. Hardt y Negri hacen alusión, así, no tanto a la necesidad de liberar los medios de comunicación de las ataduras del poder, sino a la urgencia de detectar qué tipo de filtros se establecen para dirimir de antemano –y con esto hacer innecesaria la prohibición– qué se puede decir y qué no. Como se sigue de la lectura foucaultiana sobre la cuestión, el poder actúa mediante la creación de unos regímenes de enunciación y de visibilidad concretos. En

⁹ *Ibidem*, p. 17.

¹⁰ *Ibidem*, p. 19.

¹¹ *Ibidem*, p. 19.

este contexto, en el que ya no resulta tan urgente la represión directa del poder –lo cual no quiere decir que desaparezca–, las posibilidades de rebelarse se encuentran en el hecho de buscar resquicios a través de los cuales escapar a los regímenes impuestos, pero sobre todo en la capacidad creativa que permita buscar nuevos ángulos de visión y nuevos instrumentos para construir el discurso y orientar la acción.

Por otro lado, las nuevas redes de comunicación permiten actuar a tiempo real y sin necesidad de estar físicamente en un lugar, con lo que se facilita la eliminación de barreras entre el tiempo de la vida y el tiempo de la producción. En este sentido, la mediatización de la existencia implica, al mismo tiempo, su mercantilización. La vida es entendida como una fábrica total donde no se detienen nunca los procesos de producción, y cuyos beneficios resultan necesarios, además, para satisfacer las deudas que se han contraído. Lo cual no puede dejar incólume la manera de concebir la subjetividad. Si en periodos anteriores se hablaba de la alienación y, por tanto, del carácter escindido de la conciencia, ahora se trata más bien de una subjetividad constitutivamente fragmentada y dispersa, que debe ser susceptible de aceptar una atomización, una movilidad y una flexibilidad sin límites. Como señaló Deleuze, si antes se buscaba la identificación del individuo para su posterior inserción en la masa, ahora se trata, más bien, de definir al sujeto como una instancia *dividual*.¹²

La tercera figura subjetiva que analizan Hardt y Negri es la del securitizado, que surge como efecto de una manera "omnicomprensiva" de ejercer el poder. En función de un régimen de control que se pretende total, lo que queda más allá del poder no es percibido como un posible espacio de huída en positivo y, por tanto, de creación, sino como un exterior inquietante y peligroso, precisamente porque los mecanismos de control del poder no llegan para garantizar la seguridad que sí se encuentra en el interior. Además, hay otro factor: la promoción del miedo a los otros o, mejor aún, a *lo otro* entendido como todo aquello que queda al margen del poder o que el propio sistema expulsa hacia sus bordes. De esta manera, en lugar de percibir en el otro la singularidad sin la cual resulta imposible entender la construcción de lo común; es decir, en lugar de encontrar en el otro el principal elemento de dinamización política y de construcción de la subjetividad, el poder nos lo presenta como la alteridad desconocida y abstracta y, sin embargo, capaz de actuar en el imaginario como una amenaza concreta.

En este punto, se hace patente una vez más la función de los medios de comunicación de masas, en un ejercicio que Guattari no dudó en llamar de *sumisión semiótica*, por cuanto se introduce el discurso del poder y su visión de la realidad –esto es, todo un conjunto de signos cuidadosamente elaborado– sin que el individuo o el grupo –incluso por parte de aquellos que se encargan de transmitir el mensaje– sean siquiera conscientes. De hecho, como apuntan los autores, el miedo y, por consiguiente el régimen basado en la seguridad, se fundamentan en el establecimiento de una instancia transcendente, aunque con capacidad para influir de manera directa en la población. En efecto, el miedo actúa como un “significante vacío” que el poder puede modificar rellenándolo, saturándolo o, al contrario, sustrayendo parte de su contenido en función de sus intereses; al tiempo que asigna de manera aleatoria, y muchas veces sobre un mismo individuo, la función de sujeto de la enunciación o de sujeto del enunciado –o sea, vigilante y vigilado a la vez.¹³

¹² Deleuze, *Conversaciones*, Pre-Textos, Valencia, 1996, p. 281: “Ya no estamos ante el par “individuo-masa” [Deleuze alude al paso a las sociedades de control, en relación a la fase anterior del capitalismo caracterizada por las sociedades disciplinarias]. Los individuos han devenido “*dividuales*” y las masas se han convertido en indicadores, datos, mercados o “*bancos*”.

¹³ Hardt, Michael y Negri, Antonio, *Declaración*, Akal, Madrid, 2012, p. 31.

Para acabar, hay que hacer referencia a una figura subjetiva de extraordinaria importancia: la del *representado*. Hardt y Negri parten de una premisa clara: “la representación no es un vehículo de la democracia, sino un obstáculo para su realización”.¹⁴ Como ya avanzamos al inicio, de este modo se sustrae el ejercicio efectivo del poder de manos de la población, para traspararlo a un grupo reducido de electos. Esta es la “paradoja de la representación”, el hecho de conectar al pueblo con las estructuras de poder para negar su apropiación efectiva; lo que da como resultado la existencia de una “democracia relativa”.¹⁵ Por otra parte, en función del modelo representativo la actividad política deja de ser la esfera en que se reúne el conjunto de las actividades del campo social, para ocupar un papel secundario –subordinado a los intereses del poder financiero– y apartado de su función original, esto es, la de construir el espacio de lo común de manera dinámica, participativa y continuamente abierta a nuevas transformaciones. Es en este sentido que el modelo representativo va asociado a un sistema económico como el capitalista, cuya razón de ser es el paso del ocio al negocio por parte del grueso de la población. Lo cual es válido incluso en períodos de altos índices de desocupación, pues ya hemos señalado que uno de los rasgos distintivos del capitalismo en su fase avanzada es hacer de cada actividad de la vida cotidiana un ejercicio susceptible de producir beneficios –así se ha señalado, últimamente, en relación a la venta de los datos de navegación de los internautas por parte de las redes sociales; datos a través de los cuales las grandes empresas son capaces de determinar los gustos y los intereses de cada cual y, en consecuencia, de seleccionar sus posibles clientes y de ofrecer sus productos de manera dirigida–.

Por otra parte, se llama la atención sobre un par de aspectos que dificultarían, en la actualidad, la aplicación del modelo representativo, aun en el caso de que éste fuera aceptado por la mayor parte de la población. En primer lugar, su vínculo profundo con la estructura del Estado nación que, si bien se conserva en la actualidad, es como mero instrumento de aplicación de las leyes del mercado global en cada territorio concreto. El segundo está asociado a la quiebra de los términos en que se construyó el Estado del bienestar. Ante esta situación, una vez más, Hardt y Negri confían en la capacidad creativa, pero también en la consistencia de los procesos de subjetivación que se han empezado a ensayar en el seno de los movimientos sociales durante los últimos ciclos de luchas, cuyo discurso y campo de acción se apartan deliberadamente de los parámetros impuestos por el poder: “la democracia –afirman– solo se realizará cuando haya emergido un sujeto capaz de aferrarla y de promulgarla en acto”.¹⁶

2. Constituyendo las subjetividades emergentes

En respuesta a lo que acabamos de ver, Hardt y Negri proponen una “inversión” de las subjetividades creadas por el capitalismo avanzado. Aunque, de hecho, más que hablar de un ejercicio de inversión o de contraposición, en este caso cabría apuntar a un proceso de constitución de las nuevas subjetividades emergentes, cuyos contornos empiezan a aparecer dibujados en las acciones de los movimientos sociales en los nuevos ciclos de luchas. Dicho de otro modo, la imagen de la subjetividad que produce el poder aparece como una madeja compuesta por un conjunto de hilos entrelazados, aparentemente homogénea y cerrada sobre sí misma que siempre deja, en cambio, un cabo suelto del cual estirar –no hay que olvidar, al

¹⁴ *Ibidem*, p. 32.

¹⁵ *Ibidem*, p. 34.

¹⁶ *Ibidem*, p. 36.

respecto, la prioridad que otorgan los autores al potencial de creatividad y a la autonomía del individuo y del grupo, que el poder se encarga, posteriormente, de bloquear, disciplinar y controlar—. A este movimiento, encaminado a deshacer lo establecido por el poder —para lo cual resulta necesario un diagnóstico sobre la situación como el que hemos planteado en el primer punto—, debe seguir un trabajo de propuesta en positivo. Con esto se trata de ofrecer una nueva perspectiva no sólo en términos políticos sino también ontológicos —pues se trata de poner los procesos de producción de subjetividad en el centro del análisis—, a partir de la cual plantear la interacción en el campo social y, en definitiva, las diversas posibilidades de articular la vida en común.

Uno de los principales caminos que nos llevan a apreciar la potencialidad de las subjetividades emergentes, lo encontramos en el análisis foucaultiano sobre la inmanencia del poder, opuesto al carácter trascendente que otorgan al mismo otros análisis políticos precedentes. Como indican Hardt y Negri, “la disciplina no es una voz externa que dicta nuestras prácticas desde las alturas, desplegándose sobre nosotros, como diría Hobbes, sino que se trata más bien de algo semejante a una compulsión interna indiscernible de nuestra voluntad, inmanente a nuestra subjetividad misma e inseparable de ella”.¹⁷ Este carácter del poder, que se funda en el hecho mismo de constituir al sujeto sobre el que tiene que ejercer su influencia, se ve acrecentado, más si cabe, con el paso que se produce de la sociedad disciplinaria a lo que Foucault y Deleuze llaman la sociedad de control, es decir, como ya hemos señalado anteriormente, a una sociedad propiamente biopolítica.

Empezaremos, pues, por abordar la cuestión de la deuda con la que hemos abierto el primer apartado. De una forma similar a la distinción que se lleva a cabo en la teoría política clásica —en autores de corte liberal como Isaiah Berlin o Benjamin Constant, aunque también en autoras más contemporáneas como Hannah Arendt— entre la libertad negativa y la positiva, estableciendo el margen de maniobra que las instancias de gobierno dejan al individuo para actuar según su albedrío, así como el grado de implicación y de participación que se puede alcanzar en lo concerniente a los asuntos públicos, Hardt y Negri distinguen entre un carácter negativo y otro positivo asociados a la deuda. En el primer caso, como ya hemos visto, el carácter negativo de la deuda se puede definir en términos cuantitativos, como el margen de acción que las instituciones financieras otorgan al individuo en el ámbito económico. Por su carácter limitante y, aún más, por cuanto se utiliza la deuda contraída —no sólo por el individuo, sino también a nivel colectivo— como uno de los instrumentos de control social más efectivos en la actualidad, Hardt y Negri no dudan en referirse a este factor como un mecanismo encaminado a realizar una verdadera “desposesión de derechos”.¹⁸ En este sentido, no hay que olvidar que la deuda es uno de los elementos fundamentales en las dinámicas actuales del capitalismo; pues toda la virtualidad de las operaciones financieras se sustenta en una superposición de deudas e intereses de diferentes rangos.

La deuda positiva, en cambio, se puede definir en términos cualitativos y se refiere al grado de implicación más allá de lo estrictamente económico, esto es, por lo que respecta a las interdependencias comunitarias, a los vínculos sociales y a los procesos implicados en la construcción de lo común. Según Hardt y Negri, el camino hacia esta consideración de la deuda ya ha sido allanado por el carácter cooperativo del llamado *trabajo inmaterial*.¹⁹ Los

¹⁷ Hardt, Michael y Negri, Antonio, *Imperio*, Paidós, Barcelona, 2005 p. 351.

¹⁸ Hardt, Michael y Negri, Antonio, *Declaración*, Akal, Madrid, 2012, p. 42.

¹⁹ El trabajo inmaterial se asocia, principalmente, al llamado sector terciario, predominante desde la década de los 70. En concreto, se trata de aquellos trabajos centrados en el conocimiento (la educación y la investigación, pero también las finanzas) o vinculados a lo que los autores llaman, de manera laxa, el *afecto* (el

autores se refieren a esta mutación que se ha producido en el seno de los procesos de producción, esto es, al carácter “comunicativo”, “cooperativo” y “afectivo” del trabajo, así como al carácter “biopolítico” de la producción.²⁰ De esta manera, al mismo tiempo que se ensanchan los términos de la definición del proletariado, vinculado durante largo tiempo a la figura del “obrero fabril masculino”,²¹ esta nueva concepción del trabajo inmaterial exige una reformulación de la teoría del valor marxista. Como ya hemos indicado, se trata de considerar una nueva forma de explotación basada en la extracción de lo común, y no sólo en la sustracción del excedente del tiempo trabajado o en la apropiación de la plusvalía por parte del propietario de los medios de producción. En este sentido, en la medida en que el capitalismo pivota alrededor del trabajo inmaterial, extrayendo sus potencialidades productivas, no puede pretender su completa destrucción. En cualquier caso, lo más importante es reparar hasta qué punto esto arrastra, también, un conjunto de potencialidades revolucionarias que destilan los nuevos sectores productivos.²² En primer lugar, con ello se hace patente la fragilidad y el carácter paradójico de las dinámicas más esenciales del poder en el sistema político, económico y social en la actualidad –de hecho, esto sirve para entender el carácter esquizofrénico que Deleuze y Guattari asocian al capitalismo, desde el principio de su andadura y más aún si cabe en su fase avanzada–: “el capital –señalan Hardt y Negri– se enfrenta a una situación paradójica: cuanto más obligado se ve a buscar la valorización mediante la producción de conocimiento, más se sustrae a su control el conocimiento (...). La producción biopolítica supone un problema para el capital y el neoliberalismo carece de respuesta”.²³

Por otro lado, la estrategia consistiría en extrapolar el carácter de los procesos cooperativos, inherentes a los nuevos procesos productivos, a la totalidad del campo social. Buscando una forma de alejarse de la imposición de la lógica financiera y de las leyes del mercado a la totalidad del campo social –tal y como se refirió Foucault en *El nacimiento de la*

personal sanitario, pero también «la labor de los asesores jurídicos, de las azafatas de vuelo o de los trabajadores de los establecimientos de comidas rápidas»); asimismo, se hace referencia al ámbito de la comunicación (la información, pero también el entretenimiento o la publicidad). Cf. Hardt, Michael y Negri, Antonio, *Multitud*, Random House Mondadori, Barcelona, p. 137. Por este lado, Hardt y Negri no niegan que los así denominados trabajos inmateriales impliquen en sus procesos la interacción con elementos de tipo material. De hecho, es más bien el *producto* final lo que justifica que se pueda hablar de trabajo inmaterial. Como indican los autores, “el trabajo que interviene en toda producción inmaterial [...] sigue siendo material; involucra nuestros cuerpos y mentes, igual que cualquier otra clase de trabajo. Lo que es inmaterial es su producto” (Ibídem). Para deshacer esta ambigüedad, se tantea la sustitución del adjetivo “inmaterial” por el de “biopolítico”, entendiéndose con ello toda aquella actividad que “no solo crea bienes materiales, sino también relaciones y, en última instancia, la propia vida social” en su conjunto. (Ibídem). No obstante, también en este caso la producción deviene eminentemente inmaterial en el seno del común. De ahí que finalmente se opte por mantener la primera denominación a la que nos hemos referido. Por otra parte, también se admite que la preponderancia del trabajo inmaterial no se da, actualmente, en términos cuantitativos –este espacio lo sigue ocupando el sector agrícola– sino, más bien, cualitativos. En cualquier caso, esto no impide hablar de la hegemonía del trabajo inmaterial, del mismo modo que con el despunte del trabajo industrial, aún en fase incipiente y sin potencial para ocupar a la mayor parte de la población, ya se reconocía su hegemonía y su influencia con respecto al resto de trabajos. En este sentido, se trata de reconocer la incidencia que un tipo de trabajo determinado tiene en la comprensión del modo de producción y en la configuración de las relaciones en el campo social. Ibídem, p. 138.

²⁰ Hardt, Michael y Negri, Antonio, *Imperio*, Paidós, Barcelona, 2005, p. 15.

²¹ Ibídem, p. 73-74.

²² Ibídem, p. 366.

²³ Hardt, Michael y Negri, Antonio, *Commonwealth*, Akal, Madrid, 2011, p. 273.

biopolítica para definir la estrategia neoliberal—,²⁴ se trataría precisamente de extender la influencia de los procesos cooperativos que de manera intrínseca se dan en el seno de las nuevas dinámicas de producción. Como pregonan los autores, en un tono deliberadamente desafiante, “las estructuras de relación y comunicación creadas en la producción biopolítica podrían ser reconvertidas para extender la forma asamblea a un plano social general”.²⁵ De hecho, se puede considerar que algunos aspectos de esta transformación ya han sido ensayados e incluso llevados a la práctica en las diferentes manifestaciones multitudinarias y acampadas realizadas en todo el mundo a partir del punto de inflexión que supuso el año 2011, contra el yugo de las principales instituciones financieras productoras de deuda negativa como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. Esta demostración de contrapoder, muy presente en los países de la periferia de Europa, en los cuales los efectos de las políticas de austeridad son más notorios, se hizo patente asimismo en el fenómeno conocido como Occupy Wall Street, con los acampados poniendo en práctica nuevas formas de deuda positiva mientras rodeaban el epicentro de uno de los principales productores de deuda negativa.

Asimismo, al tiempo que se lleva a cabo la creación de nuevas concepciones positivas de la deuda, la puesta en marcha de un proceso constituyente exige la creación de una nueva concepción de la comunicación y, con ella, de la verdad. Ya no una verdad impuesta de forma homogénea desde los medios oficiales de comunicación que, en el mejor de los casos, permiten ligeras variaciones de matiz, sino una verdad o, más bien, unas verdades surgidas, creadas en el seno de una multiplicidad de singularidades. Este proceso de creación de nuevas verdades o, mejor aún, de las bases materiales que permitan la irrupción de un nuevo sentido común, de una nueva racionalidad —en definitiva, de la experimentación de nuevos regímenes de enunciación y de visibilidad—, no excluye la interacción con las nuevas formas de comunicación y los nuevos medios que crecen al calor de las redes sociales y de Internet en general —tal interacción, sobre todo en lo que respecta a las redes sociales, se dio y facilitó el nuevo ciclo de luchas surgido en el 2011—. De hecho, esta nueva forma de tratar la comunicación entre subjetividades puede resultar muy beneficiosa siempre y cuando no se pierda de vista la importancia del procedimiento con que se lleva a término. En efecto, ya no cuenta sólo el contenido de la información sino el carácter horizontal y activo de su transmisión. Igualmente, las nuevas verdades no pueden surgir de individuos particulares integrados en una masa homogénea sino de singularidades interconectadas de manera autónoma en una multitud. Para ello, efectivamente, las actuales redes sociales ofrecen una estructura adecuada. Como muestra de ello, además de citar la forma en que tales instrumentos han favorecido a la constitución y difusión de las diferentes luchas del ciclo nacido en el 2011, también hay que ver el modo en que anteriormente sirvieron para la comunicación y formación de otros movimientos reticulares como el Ejército Zapatista de Liberación Nacional,²⁶ así como de los diferentes movimientos anti(o alter-)globalización.²⁷

²⁴ Foucault, Michael, *Nacimiento de la biopolítica*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, p. 280: “La ambición constante del neoliberalismo norteamericano es generalizar la forma económica del mercado [...], generalizarla en la totalidad del cuerpo social y hasta en el sistema social completo que, por lo común, no pasa ni es sancionado por intercambios monetarios. La generalización de la forma económica del mercado, más allá de los intercambios monetarios, funciona en el neoliberalismo norteamericano como principio de inteligibilidad, principio de desciframiento de las relaciones sociales y los comportamientos individuales”.

²⁵ Hardt, Michael y Negri, Antonio, *Declaración*, Akal, Madrid, 2012, p. 97.

²⁶ Hardt, Michael y Negri, Antonio, *Multitud*, Random House Mondadori, Barcelona, p. 114.

²⁷ *Ibíd.*, p. 115.

El concepto de Multitud al que acabamos de hacer referencia, es desarrollado por Hardt y Negri en la trilogía Imperio, Multitud y Commonwealth –de forma más específica y detenida, como indica el propio título, en el segundo tomo–, en relación conflictiva con otros conceptos que han resultado claves para la teoría política como los de pueblo, masa o clase. Con ello se trata de hacer hincapié en el reconocimiento de la pluralidad, de la singularidad y de la autonomía, es decir, del privilegio de la heterogeneidad por encima de la identidad, pero también de la posibilidad de establecer conexiones estables –sin que esto conlleve un proceso de totalización o de subsunción en la unidad–, como factores implicados en la definición de una nueva subjetividad, a nivel individual y como sujeto colectivo de las luchas y movilizaciones: “la multitud –indican los autores– sustituye el par contradictorio identidad/diferencia por el par complementario comunalidad/singularidad”.²⁸

De esta manera, Hardt y Negri exponen las principales características de la singularidad, o de la multiplicidad de singularidades –al tiempo que indican las principales diferencias con respecto a la noción de identidad–. Para empezar, a) la singularidad hace referencia a una multiplicidad externa, es decir, que no puede existir de manera aislada sino que, por definición, existe por y junto a una multiplicidad de otras singularidades diferentes; la identidad, al contrario, acabaría subordinando las diferencias particulares a un principio general de unidad idéntica. Además, b) la singularidad apunta también hacia una multiplicidad interna, por cuanto está transida, ella misma, de diferentes singularidades; de ahí el carácter transversal de las luchas que lleva a cabo la Multitud.²⁹ Por último, c) la singularidad ha de tener la capacidad de devenir (diferente) –al contrario que la identidad que, por definición, ha de permanecer igual–, precisamente por la interacción que lleva a cabo con el resto de singularidades y con sus diferentes singularidades internas.

Es desde este punto de vista que tiene sentido un nuevo concepto de comunicación. En efecto, sólo en la medida en que las singularidades sean susceptibles de devenir diferentes, en su contacto con el resto de singularidades de una multitud, cabrá hablar de una comunicación realmente efectiva en el ámbito de lo común. Al contrario, la comunicación establecida dentro de una relación de identidad, supondría una reafirmación de lo igual –o, como ya hemos indicado en el apartado anterior, una búsqueda del consenso. En este sentido, la multiplicidad dispersa de singularidades que deviene la Multitud, impide construir la subjetividad colectiva dentro de una lógica representativa y dependiente de una instancia transcendente, en cualquiera de las formas en que sí lo permitirían las respectivas tendencias vinculadas a la identidad –y por tanto a lo Uno, al Uno representante-trascendente del pueblo, la masa y la clase. Por otra parte, la creación y difusión de las nuevas formas de comunicación han de darse siempre desde un lenguaje común que no debe excluir sino, más bien, potenciar la creatividad, como demuestra el nivel de impacto y de difusión de los mensajes producidos –y estampados en las pancartas– en el nuevo ciclo de luchas. Esto supone una segunda forma de comunicación, junto con el aprovechamiento de las redes sociales, que cuenta con una enorme capacidad de síntesis y un gran potencial de difusión –véase el ejemplo de consignas tales como la del «99%»–.³⁰ Por último, Hardt y Negri reconocen una tercera forma de

²⁸ *Ibidem*, p. 255.

²⁹ Hardt, Michael y Negri, Antonio, *Commonwealth*, Akal, Madrid, 2011 p. 340.

³⁰ En una conferencia titulada «Lemas y consignas del movimiento 15M», realizada en el Centre de Cultura Contemporània de Barcelona en el 2011, Raúl Minchinela destacó la preponderancia del lenguaje informático en las pancartas, como principal novedad discursiva de estas nuevas luchas que se hace patente en eslóganes como «Democracia 2.0», «Error 404: Democracia no encontrada» o «Instalando democracia: 99%». Este carácter informático del discurso enlaza con un reconocimiento de las potencialidades de horizontalidad, interconexión y

comunicación entre singularidades: la de las asambleas de las acampadas, en las que la creación colectiva de nuevas verdades tiene lugar de una forma más próxima e inmediata. Por lo que a ello respecto, aquellos que menosprecian las potencialidades de las asambleas en las acampadas, dejan de lado la importancia que para Foucault tiene la puesta en circulación de nuevos enunciados en la creación de nuevas subjetividades y, por tanto, para el proceso de erosión de las diferentes estructuras de dominación. Desde este punto de vista, las nuevas formas de comunicación trabajan en la creación del espacio en que se desenvuelve lo común, al mismo tiempo que la creación de lo común genera nuevas formas de comunicación, en un proceso que no cesa de retroalimentarse. Como apuntan Hardt y Negri, “la subjetividad se produce mediante la cooperación y la comunicación y, a su vez, esa subjetividad origina nuevas formas de cooperación y de comunicación, que generan nueva subjetividad, y así sucesivamente”.³¹

Avanzando en el análisis, ya hemos visto cómo la imposición del securitizado como figura de subjetivación capitalista responde a lo que Deleuze, basándose en una ampliación del concepto foucaultiano de la sociedad disciplinaria, llamó la sociedad de control. Con ello se da nombre a un tipo de organización social en ciernes –en el momento que es expuesto por los autores–, en que las dinámicas disciplinarias trascienden los muros de las instituciones o de los dispositivos de poder para impregnar la totalidad del campo social. De esta manera se delimita el campo de acción de un biopoder elevado a su máxima expresión, que se ejerce directamente sobre la subjetividad. Uno de los principales efectos que comporta una operación de este calado, en la cual el sujeto es constituido en relación directa a los propios intereses del poder, se encuentra no sólo en la dificultad de resistir o de atenuar los límites de la dominación y de la explotación sino, además y sobre todo, en la imposibilidad de reconocer las propias potencialidades de la subjetividad autónoma. En este sentido, se nos impide ver que, ante la producción en serie de subjetividad por parte del capitalismo avanzado, también existe la capacidad de crear espacios propios y referentes alejados del poder, a partir de los cuales construir formas de subjetividad alternativas. En definitiva, se elimina la posibilidad de observar la imagen del poder, con todos sus matices, tal como fue descrita por Foucault, es decir, como una relación y, aún más, como un conjunto de vínculos cuya secuencia es susceptible de ser invertida, teniendo en cuenta que su disposición actual sólo se sustenta en un beneplácito condicionado por parte del individuo y del grupo. Lejos de esta concepción, el capitalismo trata de transmitir la imagen dual de un poder que es poseído por la clase dominante y, con ello, resulta inasible para la clase dominada. En este sentido, el reconocimiento de las potencialidades de que son capaces las nuevas subjetividades emergentes, debe acabar con el vínculo y, sobre todo, con la paralización que se sigue del miedo inoculado por parte del poder. Así se ha querido hacer patente en algunas de las consignas del nuevo ciclo de luchas, que se ha hecho oír al grito de “ya no tenemos miedo” o, de manera más combativa y desafiante, con el mensaje ya extendido según el cual “el miedo está cambiando de bando”.

Asimismo, para tratar de transformar la relación que se encuentra incardinada en la figura del securitizado, puede resultar útil hacer alusión a la noción deleuzo-guattariana de deseo. La disposición actual de las relaciones de poder en el seno del capitalismo avanzado responde a una faceta únicamente negativa del deseo, que se traduce en la aceptación de lo que los autores –siguiendo a La Boétie y a Spinoza– enuncian como la “servidumbre voluntaria”;

transparencia de las redes sociales y de que son capaces las nuevas tecnologías en general.

³¹ Hardt, Michael y Negri, Antonio, *Multitud*, Random House Mondadori, Barcelona, p. 224.

dicho de otro modo, se trata de aquello que lleva al individuo y al colectivo a luchar por su esclavitud con tanta furia como si lo hicieran por su propia libertad.³² Así pues, para cambiar los términos de esta relación haría falta abrir la puerta a la aparición del aspecto más original del deseo, es decir, liberar su lado positivo o creativo como principio inmanente de producción de lo real.

Además, los autores proponen una nueva estrategia de lucha centrada en buscar vías de escape por parte de las nuevas subjetividades. Este aspecto –que se relaciona, una vez más, con la noción deleuzo-guattariana de la línea de fuga–, tiene su precedente en el concepto de éxodo que Hardt y Negri ya habían enunciado en sus trabajos anteriores. Como ya hemos indicado, se trata de sustraerse del poder mediante las potencialidades cooperativas exhibidas por la nueva fuerza de trabajo, es decir, virando hacia un proceso constituyente de lo común que permita escapar de los procesos parasitarios de extracción que ejerce el capital en esta nueva fase de explotación propiamente biopolítica. En cualquier caso, en esta huída hay implicado un alto grado de compromiso y, de este modo, una nueva comprensión –antes que un abandono absoluto– de la lucha de clases, en un contexto igualmente biopolítico. Como explican Hardt y Negri, “la lucha de clases en el contexto biopolítico cobra la forma del éxodo”, es decir, de “un proceso de sustracción respecto a la relación del capital mediante la actualización de la autonomía potencial de la fuerza de trabajo”; de tal manera que “el trabajo biopolítico, sustrayéndose de su relación con el capital, debe descubrir y construir nuevas relaciones sociales, nuevas formas de vida que le permitan actualizar sus potencias productivas”.³³

Por último, como ya hemos indicado, la demanda de un proceso constituyente pasa, en primer lugar, por el cuestionamiento de la forma política de la representación parlamentaria – así se ha hecho patente en consignas como el “¡Que no nos representan!”–, sin olvidar la exigencia de una mayor implicación por parte de la ciudadanía en la toma de decisiones. A este respecto, según Hardt y Negri la transformación de las tres figuras –el endeudado, el mediatizado y el asegurado– a través de las cuales el capitalismo da forma a la subjetividad, deviene la condición material o el sustrato en el cual puede tener lugar el proceso de constitución de lo común; dicho de otro modo, el surgimiento de una subjetividad implicada en un proceso constituyente.

Asimismo, otra condición para dicho proceso se encuentra en la concepción que define el propio poder constituyente como un “dispositivo de producción de subjetividad”.³⁴ De la misma manera que Foucault definió los dispositivos como un haz de relaciones de poder que, a su vez, establecen un vínculo con otras relaciones y con elementos heterogéneos – enunciados, leyes, comportamientos, elementos arquitectónicos y, en definitiva, creación de subjetividades–, el dispositivo constituyente que proponen Hardt y Negri se desarrollaría en paralelo a la inversión o al proceso de transformación de las relaciones de fuerza y de las subjetividades. Con esto se hace referencia a la regla de doble condicionamiento –o de causa inmanente–; es decir, si bien el dispositivo de subjetivación condiciona las relaciones de poder que aglutina en su haz, es este mismo dispositivo el que es condicionado, a su vez, por las relaciones de poder que lo han formado al aglutinarse. De este modo, la relación causal o de condicionamiento deviene biunívoca o inmanente, ya que entre el dispositivo y las

³² Deleuze, Gilles y Guattari, Félix, *El Anti Edipo*, Paidós, Barcelona, 1985, p. 36: “El problema fundamental de la filosofía política sigue siendo el que Spinoza supo plantear [...]: ¿Por qué combaten los hombres *por* su servidumbre como si se tratase de su salvación?”.

³³ Hardt, Michael y Negri, Antonio, *Commonwealth*, Akal, Madrid, 2011 p. 165.

³⁴ Hardt, Michael y Negri, Antonio, *Declaración*, Akal, Madrid, 2012, p. 52.

relaciones de poder que lo forman, dan lugar a una serie de causas que se actualizan en sus respectivos efectos; en otras palabras, las relaciones de causalidad acaban derivando hacia un conjunto de relaciones de coimplicación.³⁵ A esto es a lo que se refieren Hardt y Negri cuando afirman que “los procesos constituyentes revisan constantemente las estructuras e instituciones políticas, al objeto de que estas sean más adecuadas al tejido social y los fundamentos materiales de los conflictos, necesidades y deseos sociales”.³⁶

³⁵ Sobre el principio de causalidad inmanente, cf. Deleuze, Gilles, *Foucault*, Paidós, Barcelona, 1988, p. 63-64: “¿Qué quiere decir aquí causa inmanente? Es una causa que se actualiza en su efecto, que se integra en su efecto, que se diferencia en su efecto. O más bien, causa inmanente es aquella cuyo efecto la actualiza, la integra y la diferencia. Existe, pues, correlación, presuposición recíproca entre la causa y el efecto (...). Si los efectos actualizan, es porque las relaciones de fuerzas o de poder sólo son virtuales, potenciales, inestables, evanescentes, moleculares, y sólo definen posibilidades, probabilidades de interacción, mientras no entren en un conjunto macroscópico capaz de dar una forma a su materia fluente y su función difusa”. Respecto a la regla de doble condicionamiento, cf. Foucault, Michel, *La voluntad de saber*, Siglo XXI, Madrid, p. 121: “Ningún “foco local”, ningún “esquema de transformación” podría funcionar sin inscribirse al fin y al cabo, por una serie de encadenamientos sucesivos, en una estrategia de conjunto. Inversamente, ninguna estrategia podría asegurar efectos globales si no se apoyara en relaciones precisas y tenues que le sirven, si no de aplicación y consecuencia, sí de soporte y punto de anclaje [...]. Hay que pensar en el doble condicionamiento de una estrategia por la especificidad de las tácticas posibles y de las tácticas por la envoltura estratégica que las hace funcionar”.

³⁶ Hardt, Michael y Negri, Antonio, *Declaración*, Akal, Madrid, 2012, p. 52.